



ESPONJA

ALVARO DEL AMO

«¡Ah, la tigre demanda la sua preda!»

(Emani, drama lírico en cuatro partes, libreto de Francesco Maria Flave, música de Giuseppe Verdi).

LA abuela Ifigenia cumplía labores de esponja. Consolaba a nueve hijos. Comprendía a tres nueras. Animaba a dos yernos. Sobrevolaba, mediante un batir de alas inquieto o solemne, una tropa muy mezclada de nietos y nietas, sobrinos y sobrinas, primos y primas que, ramificándose interminablemente en afluentes colaterales, parentelas políticas, protegidos de ingente prole y cocineras de siempre que un buen día regresaron a Molina, alcanzaría fácilmente, en aquella época, el medio millar.

Gozaba de una detallada memoria. Jamás confundía las tristezas. Distinguía con perfecta claridad, la pretensión de éste y el pánico de aquella, cada hedor con su nombre, cada síntoma con su rostro. Las historias de amor no se desplazaban hacia las recetas de cocina. No celebró un éxito universitario con carta de pésame. Recordaba con luminosa nitidez, las cicatrices de todos, las decepciones de todas, sin traspapelar un episodio, sin embarullar rivales, contemplando el accidentado mapa orográfico de la intimidad del clan con la calma y la seguridad de quien sale a la te-

rraza, trepa a la atalaya o se cuelga en un palco para saborear, una vez más, un paisaje conocido.

Carecía de estilo. No aplicaba un sistema definido. Largos años esquivando remedios. «Cada corazón» —decía, aludiendo a la réplica de una comedia olvidada— «tiene su color propio.» Y añadía, citando libremente el estribillo de un himno popular: «Lo que para unos es algodón, para otros es asperón.» Y buceaba, con la misma suavidad, con idéntica firmeza, en las aguas ensangrentadas de un ataque de celos, en la charca verdosa, turbia en su angustiada transparencia, de una precoz vocación mariana, en el barro estupendo de un ardor póstumo, y en el residuo amarillo que deja en la playa, al retirarse, un océano de tiquismiquis.

No parecía creer en el desahogo. Interrumpía. Mandaba callar colocando delicadamente un trémulo dedo sobre los labios del confesante. Como si adivinara el desenlace de un preludio destinado más a presentar la congoja en el escaparate de una tiendecita famosa por sus bombones de raro licor que a enumerar los detalles de un desastre que exige urgente alivio. Como si disculpase, para ahorrar penalidades al testigo de su propio drama, la alusión al pasaje ineludible donde, en pura lógica, todo ha de darse por perdido. Como si bastaran unas pocas frases para aplicar un

diagnóstico certero, una sentencia definitiva: tal desgarró, que se presenta muy enmarañado y original, no es sino una variante del cariño antiguo que un encuentro casual rescata y reanima; esta melancolía, ofrecida como inédita, apenas se distingue del más puro y clásico aburrimiento; la postración atribuida a la crueldad de la ausencia ha sido de verdad provocada por un simple catarro de nariz complicado ligeramente con un brote alérgico inesperado: la estación donde se produjo la despedida, en penumbra de abril a noviembre, es una selva de flores y enredaderas.

Siempre viste de claro. El peregrino atribulado, el súbdito triste, el descendiente lloroso que acude en busca de ánimo, de aliento, de calmante para la sorda molestia que corroe el costado desde que se casó la hermana, de apósito para el purulento boquete que se abrió aquí en el pecho cuando el marido despiadado decidió reconciliarse, encuentra a la anciana en la terraza, sonriendo, sonriente, ante una bandeja (un servicio de té, un juego de café, una jarra de refresco de grosella, copas de vino, licor, agua fría) que pretende adivinar, y adivina, los gustos del mendigo, los caprichos de la nieta, el tónico que el convaleciente bebe a pequeños sorbos mientras contempla la esbelta, plácida y luminosa figura envuelta en un chal blanco, erguida en su blusa de encaje desvaldo, una mano larguísima levanta el vuelo desde la falda pálida invitando a sentarse, a acomodarse en la butaca que también varía según el visitante. Vistiendo «como una niña pequeña» (una de sus hijas dedicó, inútilmente, en una ocasión, largo rato a criticar el vuelo de una bata de baño: «Mamá, ¿no te das cuenta», parece, qué sé yo, ¡un faldón!») negaba el luto. Se escabullía de cualquier gesto compungido. Borraba el tono grave. Diluía en rosas (la gama completa: desde el más leve —calificado por la modista como «rubor de nata»— al casi fresa), en verdes (hasta el verde pera, mucho antes del verde mar), en azules (sólo uno, en realidad: el pastel, el azul pastel), en castaños (todas las intensidades del crema, todas las suavidades del ocre), las salpicaduras, los zarpazos, los temblores de cada confidencia. Las insidias, objeto de tal o cual relato, resbalan rápidamente sobre la seda gris perla. La menuda, complicadísima venganza, que articula el avance de este argumento o el arranque de aquel prólogo, se disuelve en el aire antes de motear, de puntear, de agujerear el abanico rojo o el guante negro que sirven, según las estaciones, de contraste, de trazo de color a la tenue indumentaria.

No aconseja. No señala. No legisla. No se inclina, cuando el dilema consiste en elegir, por un pretendiente. No apunta, cuando el drama coincide con un enredado ovillo de renunciaciones inaceptables y de huidas poco airoas, una solución intermedia. Siempre ha procurado esquivar encargos de mediación. Su escaso talento para la intriga (incapaz de urdir ni siquiera la composición de una mesa de pinacle entre cuñadas que buscan desde finales de junio un terreno discreto donde hacer las paces) había descartado no sólo diplomacias de tanteo (por ejemplo: sondeos dirigidos a vislumbrar la temperatura del entusiasmo de éste por aquélla o, en el gráfico del perdón, el quebrado trazo que se encarga de medir la curva del arrepentimiento

del indeciso, del traidor, de la cuitada o del muñeco, de uno u otro sexo, completamente desprovisto de voluntad), sino, incluso, simples recomendaciones de paciencia («Espera a que se le pase el disgusto»), de energía («¡Dilo!»), o de habilidad («Preséntate con un regalito», «Elude el tema de la última convocatoria», «Alaba el cambio de peinado», «No critiques con tanta ira su falta de puntualidad»).

Dice poco. Apenas responde. Una pregunta susurrada, un breve comentario prodigio de ambigüedad, unos cachetitos en la rodilla, en la mejilla, a la altura del codo, muy leves y precisos, mientras desvía la mirada o trajina en la bandeja sirviendo otra taza, otro vasito, «tú lo tomas sin azúcar, ¿no es eso?», y poco más. La obra maestra del difuminado.

El atribulado se incorpora a besar el rostro o la mano de la anciana con el resorte del alivio. La acongojada al despedirse observa con júbilo que una rara calma comienza, muy firmemente, a inundarla. El niño que llegó huraño y mohíno regresa brincando. La mocita recupera, al bajar las escaleras, el tinte de su cara, sepultado, hasta hace un instante, bajo una gélida blancura. El joven cruza el sendero con un empaque que despierta, indefectiblemente, el mismo brillo pícaro en la pupila de Roque, el jardinero, que ha agotado su vida en la búsqueda de una rosa verde que jamás injerto alguno haría brotar (tuvo que contentarse con un tulipán azulado de indecible belleza) y el desfile de varias generaciones de señoritos que entran poco menos que trastabillando, pisotean el césped, se enjugan una lágrima en el porche antes de encontrar el timbre, resultan inexplicablemente encerrados en el garaje, y, poco después, abandonan la casa elásticos y erguidos, saludándole desde la verja con alegre cordialidad.

Los adultos disfrazan su sed con las mañas de la etiqueta. Acuden simulando el tedio plácido de una visita. Una laboriosa pamema de sombreros que agitan el aire del vestíbulo acompañando una obviedad sobre la lluvia, de chalecos que se acomodan repitiendo la excusa del pasaba por aquí (exactamente: «Tu casa, mi querida Ifigenia, queda cerquísima de todo»), de paraguas o sombrillas que mordisquean la alfombra un instante cuando ya no puede retrasarse por más tiempo el motivo de la aparición, de zapatos con mil fulgores y medias exquisitamente tostadas que buscan con difícil disimulo bajo la butaca el impulso para romper a hablar mediante un frotar de pezuña y un retorcerse de boa, los ojos turbios bajo el velo mienten sobre la crueldad del sol (no ciega la luz, las lágrimas llegan de otra nube), al tejido adiposo que fortifica el gran vientre donde se aloja el pánico aún le quedan ganas para presumir de orondo, el guante como miniatura de látigo: dedos de lana o terciopelo fustigan brazos de sillón, palmas de manos, botonaduras, bolsos, nudillos, uñas, la atmósfera. El paripé tarda en desmoronarse. Cuando por fin los labios delicadamente embadurnados de sangre o nácar revelan el porqué del viaje y la primorosa perilla vomita el secreto de irrupción tan intempestiva, se mitiga, sí, ciertamente, el esplendor de la afectación, el parloteo hace agua, vacila el cotilleo, aunque, como si la cháchara se resistiese a naufragar, como si el

ESPONJA

apurado armazón de grasa y telas de precio, de colonias y pliegues (de piel flácida, de encaje, de paño inglés) se empeñara en defender hasta el fin un baluarte de guiños, la amarga historia que vienen a ofrecer se adornará de circunloquios, de paréntesis destinados falazmente a quitar importancia a lo esencial, de risitas que parecen tantear quién sabe qué complicidades, qué tenebrosos sobreentendidos, de rapidísimos parpadeos, de disgresiones, de juicios morales o de valor, de halagos mezquinos, de mediocres reproches disparados contra un destinatario impreciso. Al abandonar la escena poco queda de la sinfonía de melindres. La emoción del desahogo, la dulzura del bálsamo o jarabe, la voracidad de la esperanza que empieza ya a agitar sus aguas, a susurrar sus falsedades, la súbita ilusión de que la congoja no guardaba proporción con el tamaño de la afrenta, la carne adulta agradece entumecida compartir la carga, se distingue a lo lejos una solución, un arreglo, la confianza lo cura todo, y la dama, exhausta, se retira a pasitos cortos. El caballero, tiemblan las rodillas, el pulso vacila al empuñar el bastón, la última vez salió al pasillo cantando a pleno pulmón, se escabulle, de una carrerilla, por la puerta de atrás.

«Las momias de nuestra edad no necesitamos hablar para entendernos», suele decir el tío Raúl para explicar el silencio (nítido, iluminado por una calma inquebrantable) y la secreta cordialidad (cómo arden los ojos acuosos, qué menudo temblor derrama la jarrita de leche fría, la saliva se endulza en la contemplación cruzada del mechón blanquísimo, la fina mano pecosa, la papada ligeramente enrojecida, la oreja transparente, el arranque de la clavícula de mármol) que emana de las meriendas que, pase lo que pase, celebra la abuela Ifigenia cada día uno para, como dice ella, «los antiguos alumnos», «los loros» (según la tía Aurelia, que llega la primera con obsequios para todos que esconde con ilusionada picardía en la zona reservada a cada cual), «los supervivientes de la hecatombe» (en opinión de Flusi que sigue igual de delgadísima, tan tiesa como siempre, aún aficionada a calificar la niñez de «inundación», la juventud de «precipicio», la edad adulta de «yermo páramo» y el cumpleaños número 75 de «catástrofe», «incendio» o, su palabra favorita, «hecatombe»), «los señoritos mayores» (Coronación tiene también su puesto en la mesa), que, hermanados por una muda solidaridad, cómplices en cuanto comparten muy a pesar suyo un puesto de testigos simultáneos, complementarios, se miran, esquivando recuerdos, negando cualquier chispa de nostalgia, sin nada que añorar, lúcida y, casi, alegremente.

La abuela Ifigenia, instalada con sólida comodidad en su papel de recipiente de desdichas, vivió, como cúspide del consuelo, años de serenidad. Habituada desde temprana edad a presentarse ante los demás como paño de lágrimas, había logrado, no sólo una cierta impermeabilidad frente a lo húmedo y un considerable desdén por lo sa-

lado, sino también incorporar a su fragilidad, a su naturaleza impresionable, un componente elástico de gran resistencia, una especie de materia aislante, de capa de parafina, muy adaptable envoltorio que garantizó la salvaguarda de un reducto, si no siempre inexpugnable, sí, al menos, libre de los lazos más turbios, preservado de la pérfida pretensión de tantos enfermos: procurar a toda costa el contagio de quien se aproxima a sus fiebres.

Como las figuras ya clásicas del confesor, del médico o del buen amigo o samaritano (dedicados profesionalmente: al perdón desde la celdilla de madera y alientos que empapan paños violetas; al alivio de dolores y llagas en la consulta blanca o de caoba; el deshilachado reino de la sonrisa, el ánimo y la compañía: taburetes junto al lecho de muerte, tardes lluviosas con ciegos joviales, infusiones indigestas con solitarios insoportables), ella había cumplido, desde aquella tarde en el jardín, su labor de esponja.

Carecía del simplismo entusiasta de quien ejerce la llamada caridad con la obcecación impertérrita del corredor de fondo. Jamás dispuso de la simpatía, meliflua o no, del o de la que irradia ese effluvio que atrae, que convoca, que inspira confianza, admiración o, sencillamente, ganas de merendar con persona tan encantadora. Aborrecía los consejos por su obviedad y a los consejeros por su pretenciosa indigencia. No sentía la menor curiosidad por los gustos, planes, deseos, preferencias, o pústulas de nadie. Los secretos ajenos no despertaban en ella la más nimia emoción. El verbo ayudar apenas entraba en su vocabulario, y siempre a la hora de formular ruegos u ofrecimientos de pura amabilidad práctica: «¿Quieres que te ayude a poner la mesa?»; «¿te importa ayudarme a correr esta butaca hasta el borde de la alfombra?». Desplazaba las confidencias a la categoría de mordiscos. Cuando cualquiera manifestaba el propósito de abrir su corazón, ella no podía reprimir el gesto de taparse, más o menos disimuladamente, la nariz.

Una sinuosa combinación de azar y de silencio condujo la evolución desde la niña que se asombró en el jardín frente al revólver del tío Enrique hasta la anciana que había aceptado tiempo ha su papel de hombro donde tantísimos allegados podían poner en cualquier momento su frente o testuz. Siempre se resistió a admitir el milagro de su influencia. Espontáneamente escéptica y retraída, desconfió año tras año de la fe que despertaba en los demás. Se negaba a considerar un don o carisma lo que ella sabía producto inesperado de la casualidad, del vaivén temeroso respeto-inconfesada aprensión que sus labios mudos provocaban, y de una oscura rutina que venera el reparto de papeles como si de un gesto de sabiduría divina se tratara (Carlitos, con fama de ocurrente desde una fiesta de diafraces donde bromeó sobre el tamaño de su fez en franca desproporción con la minúscula media luna y la enorme borla que lo adornaban, se ve obligado, lustros después, a seguir actuando como gracioso sin que

nadie respete su justificado malhumor ni sus frecuentes molestias lumbares; Anastasia, que ganó justa fama de excelente cocinera al iniciarse el siglo ya puede presentar a la mesa la plasta más informe e insípida que será recibida con alborozo; Eduardo será pase lo que pase, aunque ya nadie recuerde la hazaña infantil que motivó el apodo, «Eduardo, el temerario»; y así sucesivamente). Su respiración acompasada nunca se alejó de un último poso de estupor. La aureola irradiaba, obediente, calma y luz dorada, palpable paz y discreto misterio, un cerco capaz de amueblar con minuciosa sobriedad un fortín propio, un espacio reservado a su como-

risimo arte, habían encontrado en su presencia alivio, alegría, nuevos impulsos, claridad de juicio, tranquilidad, sueño y confianza, cuando, súbitamente, la combinación o la suma de varias peripecias mínimas, recibidas como insignificantes, pasajeras, abrió una grieta en la muralla de sosiego que, extendiéndose a gran velocidad, vorazmente, amenaza con derrumbar el castillo de tibio y acogedor abandono donde Ifigenia, en su condición de abuela cima, se había definitivamente instalado.

Tres noches seguidas de duermevela (sin causa clara: «He debido coger frío al bajar del tren»), la mudez completa de su modista (el vozarrón de Angela ha ido, en su ausencia, durante el verano, adelgazando y quebrándose hasta apagarse del todo), y un comentario de su nieta Isabel lanzado como simple noticia («Hoy hace exactamente un mes que no sé nada de él»), prepararon el camino a una difusa alarma que, tras segregarse durante semana y pico un generoso goteo de inquietud inexplicable, desembocó, una mañana de domingo, en brevísima revelación: «Ifigenia, todo ha sido para mal.»



1

Después de la siesta, que acaba oficialmente alrededor de las cinco y media, y antes de la merienda, que se celebra a las seis en punto, el jardín, el sol declina, acude la brisa fría, el aire amarillea, ofrece su rostro más amigable.

idad, a salvo de la persecución de los desventurados, para ella sola, una tierra de nadie donde reposar, los aullidos llegan muy mitigados por la distancia, la fe que nunca tuvo en su talento curativo no es ya un rincón vacío, sigue sin abrazar, sin entregarse a la imagen o figura de patrona del desamparo, cada dosis de ánimo que infunde deja aún una estela de incredulidad y de sorpresa, la lucidez, que no ha cedido, iluminaba hasta el comienzo del otoño tenebroso, un plácido paisaje de independencia y serenidad.

Ifigenia paladeaba, después de un verano casi solitario, la calma de un bienestar menudo y opaco, protegido por el repliegue, lejos de cualquier esperanza, caldeado por la lista interminable de dolientes que, por mucho que ella misma fuera incapaz de descifrar los atributos de su ra-

Desierto, o casi, los mayores duermen en sus camas o dormitan en el porche o la terraza, los niños terminan su reposo alargando la languidez de un sopor imprevisto o combatiendo (escaramuzas de almohadas, sobre todo), el jardín acoge exclusivamente al coche de algún bebé que (por su palidez, porque la doncella prefiere pasear, por decisión irrevocable del propietario o propietaria del recién nacido) recorre, despacio, deteniéndose a cada paso, con plácido sigilo, la avenida de piedra que bordea la casa.

Ifigenia se ha escabullido un poco antes. Cuando María Rosa, su hermana mayor, cierra los ojos y la novela cae sobre la colcha, ella, que acechaba, pega un brinco, entorna aún más la persiana de madera, María Rosa suspira, duerme ya, en la penumbra, Ifigenia, en perfecto silencio, sale,

ESPONJA

cierra la puerta («¡No entréis ahí hasta que se despierten!»), baja las escaleras, la entrada principal siempre abierta, no echa a correr hasta alcanzar los primeros árboles.

No ha construido un rincón favorito. Nada de cortezas con hendiduras, piedrecillas señalando espesas matas, raíces que reciben un envoltorio de secretos. Tampoco pretende haber descubierto guarida, osario o palacio de sapos. Cuando pierde el aliento, se detiene, se derrumba, jadea, golpea la tierra, ríe, se postra y mira: el lunes fue una colina pelada, el martes un círculo de manzanos, ayer hormigas.

Huye. Se escapa de la habitación a oscuras con la boca feliz de María Rosa, de la cama junto a la pared, de la biografía que exigen que lea; también de esa carcajada que sólo ella oye y que llega del cuarto de sus padres o de la alcoba de la tía Aurelia y el tío Ernesto o del planchero o del trastero: muy rápida, muy seca, muy brusca hasta que, sofocada por algo, por alguien, muere, muere ahogada; y, sobre todo, del preludio de la merienda: se han repartido ya algunas raciones, se desmigán bizcochos, se mordisquean tabletas, bajan, asoman los primeros adultos, abotargados, párpados blancuzcos, lenguas de estropajo, beben agua, encargan tila para la esposa que aún se desespera en tinieblas, improvisan una compresa de agua fría, un refresco de ron para el marido que, sentado en la cama, no acaba de abrir los ojos, merodean, reprendiendo cansinamente a sus hijos (el consabido «te vas a poner la pechera perdida de chocolate»), confundiendo los nombres de los sobrinos, desperdigándose entre bebés que alguien a esa hora arranca con variable pericia de la cuna y levanta y agita como mostrando un trofeo estupefacto que ríe sin dientes o llora sin consuelo: un turbio, soñoliento tejido de miradas de soslayo (que escudriñan comisuras, cogotes, trenzas perfectas, dientes de leche, mentones verdosos, pestañas suavísimas, chales que se desprenden, toquillas atadas), de gestos desganados (las piernas abiertas y el brazo que traza nada con un palo, dedos ágiles o torpes que se empeñan sin convicción ni éxito en soltar el enconado nudo que sujeta férreamente un babero, codos que se posan a ciegas, rodillas a merced del viento, lánguidas carreras sin prisa ni meta, una catarata de bostezos), se cruzan los planes de la tarde (resulta inaplazable la visita a los Santamaría, hoy se inicia el resucitado concurso bridge-pinacle, «Tú, Luisín, ¿no vas al cumpleaños de Clarita? - ¿Y qué haces que no te peinas?»), una ventana abierta arroja una orden ininteligible o un brumoso ruego, comparecen sonrientes los rezagados, intercambio de amabilidades, de las noticias que nacieron después del postre, un enjambre de bicicletas pretende salir atropelladamente («¿Dónde van esos niños; ¿lo han dicho?»), se sirve el té.

Ese mediodía, en pleno segundo plato, María Rosa se ha levantado estornudando para anunciar que su constipado empeoraba y que subía a acostarse. Ya dormía cuando Ifigenia, poco des-

pués, entorna la puerta de su cuarto. Al iniciar la huida, un rápido, fugaz titubeo. El aire radiante. Desemboca en un claro. Hoy no siente fatiga. Se acucilla, se reclina, se distrae, un mechón de hierba seca junto al esplendor de -levanta la vista; alguien se acerca entre los árboles.

Un hombre de mediana edad, vestido de gris, con un sombrero en la mano. No sigue la dirección del sendero. Avanza en línea recta, con cierta rigidez, sin forzar el paso, como empeñado en mantener, por encima de la excitación o la urgencia, una despreocupación de paseo. De repente, unos veloces bandazos en zig zag, desaparece un instante y, en diagonal, caminando con extraña parsimonia, llega al claro. Es el tío Enrique.

Arroja el sombrero. Suelta el botón de la chaqueta. Rebusca bajo el chaleco impecable. El revólver, antes de posarse en la sien, describe un círculo en el aire.

Ifigenia, fascinada, se incorpora, surge de improviso, el tío Enrique, un violento sobresalto, cae de rodillas, se emociona, se recupera, se acerca, sin levantarse, sobre el polvo y las hojas, hacia Ifigenia que, aturdida por la cruel brevedad de la aparición, observa el cañón, que no brilla ni nunca brilló, del minúsculo revólver que el caballero mantiene aún en la mano cuando la abraza, diciendo:

-Lucrecia, ¡me has salvado la vida!

2

La digna y delicada estampa del suicida, el gesto impartérrito que prescinde orgullosamente de toda originalidad para cumplir en el marco idóneo y con la luz precisa el propósito de intentar un desenlace definitivo, se descompone en el temblor de quien, considerándose salvado o rescatado, se empeña en agradecer al agente de la casualidad su involuntaria proeza. Ifigenia, que se adelantó impulsada por un respingo sin propósito (no pretendió interrumpir la ceremonia, ni procurar que el pariente próximo que confundía su nombre las raras veces que la nombraba continuara identificándola con su hermana pequeña, ni siquiera esquivar un peligro que no sintió, ni mucho menos atajar una alarma que no había recibido), soporta ahora, en el claro ya sin misterio, el júbilo del naufrago. Nada queda de la belleza del instante: la brusquedad de la aparición, la escueta elegancia de la insólita indumentaria, la ironía del desesperado que se inmoviliza para sacar el arma mortal creyendo que nadie le ve como si se burlara del ademán de desplegar un abanico, la fidelidad a las ilustraciones en boga que presentan al personaje apuntando siempre a la sien, la estudiada situación en el claro que aísla y envuelve, rodea y destaca, el atardecer en su esplendor: la pincelada justa de triateza, la languidez incandescente, las ramas dibujándose con sorprendente firmeza contra el cielo que oscurece. Faltó el disparo. El revólver cae sin que el superviviente, que ahora aplica su rostro contra el pecho de batista aplastando la nariz y cerrando

los ojos mientras contrae la boca con la probable intención de construir un rictus de dolor, parezca advertirlo. El abrazo se prolonga. Ifigenia, de pie, inmóvil, mientras el tío Enrique, aún de rodillas, continúa sujetándola hasta que, lentísimamente, levanta la cabeza, abre los ojos, sonríe y, antes de incorporarse, ofrece a la niña un brillo en la mirada (vívido y gélido) y un pliegue en el labio superior que forman, ella lo comprendería después, la señal de la complicidad.

El tío Enrique suelta al fin su presa, se pone en pie, palmea el pantalón, se agacha cuatro pasos más allá, recoge el sombrero, se vuelve a Ifigenia: está pensando acercarse de nuevo, tomarla quizá de la mano y, como si hubiera coronado con éxito una misión de búsqueda, regresar con ella a la casa, satisfecho y fatigado (por satisfacción y fatiga pasarían, respectivamente, la dicha que le ahoga y la vergüenza que le atenaza), para recibir no sólo las felicitaciones que merece quien recupera lo perdido (una sortija, una niña, una polvera), sino también la distinción que desgaja al guardián del fugitivo: ambos merodearon muy cerca del acantilado: uno destinado a ser engullido, el otro llamado a tender, en el último momento, una mano, una rama, un cabo de cuerda, y rescatar, poco menos que milagrosamente, al diablillo que se alejó. Así, el cadáver de Enrique Gómez Anglada que debía, después de una detonación que nadie probablemente habría advertido, yacer, con una huella rojiza en la sien y una máscara de sereno espanto, en el claro del jardín, del bosque, considera, velocísimamente instalado, aclimatado, aceptando con súbito entusiasmo el verano que hace nada estuvo a punto de abandonar, la estrategia del regreso. Acaba optando por la naturalidad. Se

fue a pasear («No vi a nadie, por eso no lo anuncié») y, poco antes del crepúsculo, vuelve, explica vagamente («Ha sido un recorrido delicioso», «Debéis animaros otro día», «¡Hay que hacer un poco de ejercicio!», etcétera), o ni eso, un saludo genérico y se sienta a la mesa: «¿Quién es mano?».

El tío Enrique se pone el sombrero. Ifigenia cree que, al volverse, susurra algo (¿otra vez una «Lucrecia puntos suspensivos»?), pero no, quizá no, se aleja, a buen paso, cruza el claro, no mirará hacia atrás, ha debido tomar el sinuoso sendero: su traje gris asoma y se pierde, una vez, otra vez, de perfil, de espaldas. ¿aprieta el paso?, se esfumó.

Ifigenia descubre, sobre su blusa, un triple rastro de humedad. Toca, con la punta de un dedo, la baba del párpado, bordea, apenas bordea, con el remate chato de una uña, la estela que dejó la nariz exultante, al observar la larga herida de la boca, ve el revólver sobre el mechón de hierba que la recibió al llegar, junto al brillo de una piedrecilla negrísima que, a no ser por el cortejo de diminutas flores muy blancas que la rodean, podría, en la naciente penumbra, confundirse con un sobrio adorno de la empuñadura. Cuando, zambullida en las tinieblas, se inclina a recoger el revólver, no puede imaginar que su tacto va a ser tan tibio, su peso tan ligero y su forma tan capaz de adaptarse, de plegarse bajo unos dedos finos, de agazaparse sigilosamente en el fondo de un cabás, de camuflarse, cuando hace falta, como pisapapeles, como pomo, como encendedor, como atrevido acerico donde pueden pincharse las agujas más afiladas al tiempo que dispone de una cavidad para el dedal o el carrete de hilo más urgente.

—¿Verdad que resulta original? ■ (Ilustraciones de Fuencisla del Amo.)

